

Por tener ideas propias dice Miguel que empezó todo. Y yo no dejo de preguntarme a qué se refiere. Aunque la frase, lo reconozco, me suena convincente al transmitir la sensación de dignidad humillada y asombrada incompreensión. Por pensar, como si pensar fuera delito, parece decirnos. O quizás no, no es eso lo que dice y lo que ocurre es que yo no necesito ser convencida. Sea como sea, creo que la queja de Miguel abre la puerta a un territorio en el que crece, junto a otras semillas de venenosa rentabilidad, el malestar del mundo laboral de hoy.

A pesar de que sé que me faltan datos en la historia de Miguel, qué tipo de trabajo desempeña, o cuántos años tiene, por ejemplo. Porque Miguel no parece un joven al comienzo de su vida laboral; no está por tanto obligado a hacerse ilusiones en la confianza de que las 'ideas propias' vayan a llevarlo a alguna parte, me digo. A estas alturas –no sé por qué intuyo que lleva encima años de trabajo– ya debería de saber que a la mayor parte de nosotros –Miguel no parece pertenecer a ese selecto grupo laboral de los creativos publicitarios o similar– no nos pagan por pensar, que pensar no es un valor en el mercado laboral actual, que, en realidad, lo que vale es asumir cuanto antes y con la mayor devoción –o apariencia de– posible que las ideas pertenecen a –y las pagan otros. Es más, si uno llega a ser un virtuoso en la tarea –algo cada vez más necesario para conservar el puesto– conviene ser capaz incluso del disimulo suficiente para que cualquier idea que, en un momento de debilidad, tengas la tentación de sugerirle a cualquiera de la escala, milimétricamente jerarquizada, de jefes, subjefes o aspirantes a serlo, pueda ser considerada por ellos como propia.

Puede que Miguel sea un ingenuo, ese niño asustado que parece en algún momento, y que ahora –con la ansiedad a cuestras de saber y no saber qué hacer con ello– esté empezando a dejar de serlo. Puede también –me consta– que

haya llegado a ser uno de esos virtuosos del disimulo y que esté aprovechando su habilidad para tener, como dice una novela de Julián Rodríguez, unas vacaciones pagadas en la miseria de los demás. Y entiendo entonces esa afirmación al borde del desencanto de la psiquiatra, ¡vaya oficio!, como la de alguien que seguramente también soñaba con mayor capacidad de tener ideas propias para los conflictos ajenos en su vida laboral.

Verónica, comentario a las demandas, por Javier González, escritor

La chica permanece echada en la camilla, ahora está más relajada, como si el calmante le hubiera comenzado a hacer efecto. Ya no mueve el pie derecho continuamente ni cambia de postura cada pocos segundos. Se ha quedado sola en el pequeño cuarto y todavía parece reconfortada por las palabras de Manuel, el médico. Cuando se incorpora nota en un primer momento cierta inestabilidad y se agarra con fuerza con las dos manos al borde de la camilla. Ha estado a punto de gritar pero le han faltado las fuerzas. Se siente un poco débil, como si llevara varios días sin comer. El nudo del estómago ha desaparecido pero lo ha reemplazado un cierto vacío que la turba, al que debe acostumbrarse poco a poco, como ya le ha pasado otras veces. En una silla está su bolso. Un bolso grande, de los que se llevan en bandolera. Pone los pies en el suelo y permanece quieta hasta que se siente más segura, luego coge el bolso y lo pone sobre la camilla. Lo abre y busca algo en él. Va colocando sus pertenencias, dispersas, sobre el cuero negro y frío: un pañuelo estampado en tonos verdes, un monedero marrón, un paraguas plegable, un juego de llaves, un frasco de perfume, una botellita de plástico con un poco de líquido, un libro, pero en ese momento se detiene. En una esquina hay un pequeño

mueble blanco con ruedas, tiene un cajón entreabierto, ha visto algo que ha llamado su atención. Se acerca e introduce la mano, mira hacia la puerta, saca un móvil. Está encendido y lo manipula hasta encontrar la libreta de direc-

ciones. Pulsa la tecla de desplazamiento varias veces, duda, mira de nuevo hacia la puerta, finalmente pulsa la tecla de llamada. Espera durante algunos segundos.

– Hola, soy Verónica, una amiga de Manuel..